¡EL HURACÁN DE UN BESO!

Drama en dos actos

y en prosa, precedido de una introducción, original de

Alfredo Chavero.

Estrenado en el TEATRO PRINCIPAL de México,
la noche del 11 de Agosto de 1881.

MÉXICO.
IMPRENTA DE GUILLERMO VERAZA
CALLE DE LA CANOA NÚMERO 6½

1886

Reparto en su estreno en México.

Genoveva	Srita. María de Jesus Servín.
El marqués, su padre	Sr. Cantó.
Hipólito	„ Escanero.
Gustavo	„ Montoya.
Karnac	„ J. Segarra.
Criado	N. N.

Reparto en su estreno en España.

Hipólito	Sr. D. Pedro Delgado.
Genoveva	Sra. Mallí.
El Marqués, su padre	Sr. Contreras.
Gustavo	„ Tabernar.
Karnac	„ Gómez.
Criado	N. N.

LA ESCENA EN PARÍS.—ÉPOCA ACTUAL.

INTRODUCCIÓN.

Salón elegante en la casa del marqués: puerta de entrada al fondo; balcón á la derecha del actor, y puerta á la izquierda. Muebles de lujo, cortinajes, pinturas, etc. Sofá á la derecha; sillón y velador á la izquierda.

ESCENA I.

MARQUÉS—CRIADO.

(*El criado presenta al marqués, cerca de la puerta del fondo, una carta en una bandeja de plata*)

Criado. Señor marqués, han traído esta carta de parte del señor Gustavo.

Marqués. (*Tomándola y haciendo señas al criado de que se retire.*)—Bien.—(*Se va el criado, y el marqués adelanta al proscenio á leer la carta.*)

(*Leyendo.*)—"Señor marqués: Hipólito está conforme en recibir las libranzas en pago de su vapor: enviémelas vd. en seguida, endosadas á mi favor. Le he asegurado á nuestro marino, que no habrá ningún

inconveniente para su matrimonio con Genoveva; y dentro de una hora irá á pedir su mano. He recibido magníficos informes sobre su fortuna: es más rico de lo que yo creía.....»—*(Suspendiendo la lectura y meditando.)*—Bien..... así todo se arregla..... me salvo haciendo feliz á mi hija..... Decididamente Dios, como siempre, sigue protegiendo á los Montferrand..... voy á mandar las letras endosadas.....

(Se dirige al fondo, y se encuentra con Genoveva que sale por la izquierda.)

ESCENA II.

MARQUÉS—GENOVEVA.

MARQUÉS. Hoy no te había visto.

GENOVEVA. Saliste sin duda muy temprano.

MARQUÉS. Sí..... los negocios.....

GENOVEVA. *(Con tristeza.)* Tampoco he visto hoy á mi madre.....

MARQUÉS. Ya sabes que la marquesa no pierde diversión: profana ó sagrada, poco le importa; lo mismo la ópera que una misa de *requiem*. ¡Feliz ella que tiene tal genio! Se fué á no sé qué funcion solemne que hacen en la Magdalena.

GENOVEVA. ¡Y yo me quedo tan sola!..... ¿por qué me han dejado siempre sola?..... ¿por qué?

MARQUÉS. Y ahora desearía que estuviese aquí la marquesa... voy á recibir una visita.... y deberíamos estar los dos.....

GENOVEVA. ¿Una visita?

MARQUÉS. Sí. Pero vuelvo á hablar contigo: antes tengo que mandar unas letras.....

(Dice esto yéndose por el fondo.)

ESCENA III.

GENOVEVA sola.

(Se adelanta y se apoya en el respaldo del sofá.)

¡Qué tristeza! ¡sola, siempre sola! ¡y pensar que sola he de vivir eternamente!... El hombre únicamente está solo en el sepulcro..... ¿pues qué es entonces el mundo para mí, sino inmenso sepulcro de un cadáver vivo!..... ¿Por qué me dejaron siempre sola, si la soledad es amparo de criminales y guarida de fieras! *(Se adelanta, se deja caer en el sofá, y la tristeza de su rostro se cambia en melancolía.)* ¡Qué raro! siempre que en mis tristezas pienso, y en mis tristezas pienso siempre, preséntase á mi imaginación, como evocada, la figura de ese marino, Hipólito. ¿Será que deba influir en mi suerte futura? Dos veces le he visto. La primera me repugnó, pues vino con Gustavo. ¿Por qué vino con él? ¿por qué volvió Gustavo despues de tanto tiempo de no verle, y cuando yo le había prohibido que se presentase ante mí? ¡Infame..... si no quiero pensar en él..... que siquiera un instante ha de salir mi alma de este infierno de pensamientos!..... Pero la segunda vez Hipólito vino solo... .. Es extraño... me agradó su rostro porque no es bello..... su rostro tostado por el sol, como cubierto con barniz de oro de sus rayos..... su cerrada barba como negro cuadro de enérgica fisonomía, coronada por sus cabellos en desorden, como bandera que en pliegues irregulares estruja el viento sobre la popa de una fragata en una noche de combate... ¡y sus ojos, negros como abismo que atrae!..... ¡cómo los fijaba en los míos, queriendo leer en el fondo de mi alma! ¡ojos que están acostumbrados á ir á buscar con sus miradas de fuego, las tormentas en el fondo del mar y los huracanes en el fondo del cielo!..... *(Pausa.)* Y tam-

bién ha pasado su vida en la soledad como yo..... el mar es la soledad..... pero allí el marino estaba con Dios..... ¡y yo aquí de Dios huía!..... No sé por qué me figuro que por mí viene Hipólito.....su mirada no era de amor.....¿pero por qué me veía tanto?..... Las mujeres conocemos siempre estas cosas..... está un hombre creyendo leer en nuestro corazón, y en vez de conseguirlo nos está abriendo el libro de su alma..... ¡Pobres hombres!..... sabios tontos..... lo pienso y risa me da..... ¡si al fin me río!..... ¿Pero por qué me río?..... ¿porque los hombres son tontos?..... pues que reír tenía entonces toda la vida..... Río porque en Hipólito estaba pensando..... *(Levantántandose precipitadamente.)* Locura..... (*con amargura*) locura nada más..... hay otros hombres que no son tontos..... ¡esos son infames! *(Pausa. Se dirige al balcón.)* ¡Qué dia tan triste!..... la nieve al caer parece lluvia de lágrimas..... creyérase que la ciudad está muerta y que algún genio del mal la envolvió en un blanco sudario..... la bóveda del cielo está gris como bóveda de cerebro poblada de negros pensamientos..... ¡Pobre mujer la que allí va!..... pisando en la nieve..... bajo su manto lleva un bulto cuyo peso le impide andar de prisa y llegar pronto á su caliente hogar..... Y yo tengo una habitación abrigada..... un salón confortable..... yo soy menos desgraciada..... ¡Ah, no!..... se detiene sonriendo..... abre su manto..... el bulto que lleva es un niño rubio como los angeles de Rubens..... ¡y lo besa!..... y sigue contenta sobre la nieve..... y qué feliz es!..... ¡Y yo?..... maldecido salón..... y sedas y carruajes!..... Siento morirme..... *(Se deja caer en el banquillo del piano, que está cerca del balcón, y oculta sus lágrimas y su rostro entre las manos. Después de una*

pequeña pausa y como distraída, deja caer la mano derecha sobre el teclado, y fija maquinalmente la vista en el libro que está sobre el atril. Suenan algunas notas de la romanza Spirto gentil *de Favorita. Genoveva las oye como sorprendida de tocarlas. Se levanta, y con la frente doblada y meditabunda, se dirige lentamente al sillón y se sienta. Pequeña pausa.)* La Favorita..... Hermosa estaba la sala de los Italianos aquella noche... allí conocí á Hipólito..... me pareció verle llorar en el duo final..... cantaba Gayarre con voz de ángel..... ¿y cómo no llorar con ese final?..... Leonor está manchada..... muy manchada..... pero el amor la redime..... ¡y la mata!..... Si el amor redime ¡qué importa que dé la muerte!..... Moribunda llega..... muriendo sabe que Fernando la ama..... y muere..... y qué feliz es!...¡y qué energía de dicha en ese canto de cielo del duo final!..... Sí..... puede haber felicidad después de la desgracia, como hay luz después de la noche y sol tras la tormenta..... Pero es locura..... ¡si nadie puede ser feliz sin un pedazo de su alma! Lágrimas, lágrimas mias, ya no hay más dicha para mí en el mundo que vosotras..... os siento revolveros en oleadas golpeando mi corazón dentro de mi pecho..... siento que subís como tromba con furia vertiginosa hasta mis ojos..... y ya brotáis, como tormenta... brotad, brotad, lágrimas mias..... y ahogadme en vuestro mar, como me ahogan también mis sollozos, y me ahoga este tenaz dolor que estruja mi corazón ¡y que lo rompe en mil pedazos! *(Pequeña pausa. Se oye adentro la voz del marqués.)* Mi padre.... que no vea este llanto que mancha.... que no oiga estos sollozos que silban vergüenzas..... que no sienta este corazón que golpea infamias..... Así..... ya mis lágrimas se secaron..... ya mis ojos brillan..... ya se apagaron mis sollozos y mis labios sonríen..... mi seno está tranquilo y mudo como

ataúd de cadáver..... alcemos la frente serena..... pongámonos la máscara otra vez..... los espectadores se acercan... y hay que continuar la comedia... Así está bien la víctima..... actriz consumada, ya se ríe otra vez..... ¡mundo infame, aplaude, aplaude con furor! (*Se deja esta escena al talento de la actriz*).

ESCENA IV.

GENOVEVA—MARQUÉS—CRIADO, después.

MARQUÉS. Hija, pálida estás como la muerte: ¿te sientes mal?

GENOVEVA. No son extrañas en mí estas tristezas.

MARQUÉS. Es verdad: tu naturaleza es delicada, romántica como se decía en mis buenos tiempos. Pero todo varía. Cuando eramos novios, la marquesa, por estar de moda, se daba no sé qué sahumerios á fin de tener el rostro lívido como una heroína de Chateaubriand: y ya ves que luego ha resultado la mujer más alegre del mundo; siempre en paseos, en bailes, en diversiones de todas clases.

GENOVEVA. (*Con amargura.*) Es cierto: y yo mientras he estado aquí sola, como palma del desierto que sirve de ludibrio al huracán desencadenado.

MARQUÉS. Razón tienes de quejarte: y precisamente trato de que concluya esa soledad.

GENOVEVA. No comprendo.

MARQUÉS. Voy á hablarte de algo muy serio: sentémonos. (*Se sientan en el sofá: Genoveva á la derecha.*)

GENOVEVA. Te escucho.

MARQUÉS. Tú comprendes, pues sangre de Montferrand corre por tus venas, cuánto vale la honra de nuestro nombre, y que es preferible darse mil veces la muerte á verle manchado.

GENOVEVA. (*Incorporándose con espanto*) Padre ¿por qué dices eso? ¿por qué lo dices?

MARQUÉS. Cálmate: no se trata de una desgracia irremediable.

GENOVEVA. (*Aparte.*) Me siento sin vida.

MARQUÉS. Como hemos tenido tan pocas ocasiones de hablar de cosas serias, tú no has podido saber cuánto he luchado para sostener el nombre que nos legaron nuestros ilustres abuelos. El vulgo se burla de este afán por conservar en todo su esplendor nuestras glorias aristocráticas, cuando el único anhelo de todos es formarse un nombre: ¡y quieren que despreciemos el nuestro ilustrado por veinte generaciones! Mi nombre pues exigía le diese todo el brillo con que yo lo había recibido de mis antepasados. Desgraciadamente las revoluciones mermaron nuestra vieja fortuna; y á despilfarros de mi juventud vinieron á seguir despilfarros mayores de la marquesa. En vano emprendí toda suerte de negocios, compatibles por supuesto con mi educación y mis antecedentes; nada me bastaba.

GENOVEVA. Hubieras disminuido el fausto de nuestra casa; el lujo de nuestros trenes.

MARQUÉS. Y habría rebajado mi posición... y la marquesa, que se unió á mí confiado en que jamás descendería del puesto que le di al casarme con ella, me habría dirigido reproches justísimos. Así es que hice cuanto hacerse podía para evitar la ruina que nos amenazaba, y que al fin...

GENOVEVA. Pues más vale descender á una posición humilde, que á infamias. Vende nuestros trenes, las pinturas, mis alhajas.

MARQUÉS. Sería inútil: no bastaría.

GENOVEVA. Pues entonces vende todo. Nos iremos á provincia; yo trabajaré: lo que he aprendido me basta para ser una buena instructora: sí, trabajaré, no sólo para mí; para mis padres... y tal vez...

MARQUÉS. Es tarde, hija mía.

GENOVEVA. ¿Tarde para ser buenos? Siempre es tiempo, padre mío.

MARQUÉS. He cometido una mala acción... he endosado unas

letras que no pueden pagarse... y la consecuencia pudiera ser un presidio...

GENOVEVA. ¡Padre!

MARQUÉS. Sin duda te avergüenzas de mí que he cometido una acción infame... de mí que he manchado mi nombre...

GENOVEVA. ¿Avergonzarme de tí porque cometas una infamia... porque deshonres nuestro nombre... cuando yo!...¡Oh, padre, calla, calla! ¿no ves que me estoy muriendo?

MARQUÉS. Tú puedes salvarnos.

GENOVEVA. ¿Yo?

MARQUÉS. Sí. Pero antes dime: ¿amas á algún hombre?

GENOVEVA. *(Levantándose y con energía)* A nadie.

MARQUÉS. Pues bien, Gustavo...

GENOVEVA. *(Alterada)* ¿Por qué me hablas de ese hombre?

MARQUÉS. Hemos tratado de un amigo suyo que quiere casarse contigo, y á quien él garantiza.

GENOVEVA. *(Con dolorosa ironía)* ¿Él!

MARQUÉS. Ciertamente el fiador no es muy bueno, pues he descubierto que Gustavo es casado ha más de siete años, y que abandonó á su mujer y á sus hijos. Parece imposible que haya quien abandone á un hijo...

GENOVEVA. Pues hay quien los abandona, padre. ¿Qué mucho si el cielo manda estos castigos?

MARQUÉS. Pero volvamos á tu pretendiente: es Hipólito.

GENOVEVA. *(Conmovida)* ¿Hipólito!

MARQUÉS. Sí, hija mía. Dentro de poco vendrá á pedir tu mano. Este matrimonio nos salva, salva mi nombre, salva nuestra honra. Con él serás feliz.

GENOVEVA. *(Aparte y con angustia)* ¡Feliz!

MARQUÉS. Yo no te hubiera sacrificado nunca: por eso te pregunté antes si amabas á otro hombre; no amas á nadie, pues puedes, tienes que ser feliz con Hipólito. Me dirás que tampoco le amas á él; pero cuando una joven tiene el corazón limpio de toda pasión y la conciencia limpia de toda mancha, y se une á un hombre lleno de cualidades como Hipólito, acaba por amarle mucho y por ser muy feliz. Ya ves, te

pido que salves á tus padres, que salves nuestra honra; y en cambio te ofrezco la felicidad. ¿Crees que Hipólito no hará feliz á la mujer que tenga la dicha de ser su esposa? ¿acaso no reune las cualidades necesarias para ello?

GENOVEVA. Cualidades... todas: hermosura varonil, no belleza afeminada; alma franca que por sus negros ojos se le ve noble y clara; y corazón inmenso como el mar en que ha vivido.

MARQUÉS. Entonces ¿aceptas?

GENOVEVA. *(Con decisión)* Nunca.

MARQUÉS. Pues no te comprendo.

GENOVEVA. Ni intentes comprenderme.

MARQUÉS. Capricho parece.

GENOVEVA. Pues no lo es.

MARQUÉS. Explícame entonces...

GENOVEVA. Padre, debo callar.

MARQUÉS. ¿Me condenas á la ruina?

GENOVEVA. ¿Qué es la fortuna?

MARQUÉS. Me hundes en la deshonra.

GENOVEVA. Padre, por piedad no hablemos de honra.

MARQUÉS. Me sentencias á muerte.

GENOVEVA. *(Con espanto)* ¿Á muerte?

MARQUÉS. Sí: antes que ver arrastrado mi nombre á los tribunales; antes que ver á tu madre arrastrada á la miseria; antes que verme yo mismo arrastrado á un presidio, me daré la muerte.

GENOVEVA. ¡Me espantas!

CRIADO. *(Desde la puerta del fondo.)* El Sr. Hipólito está en la antesala, y pregunta si el señor marqués le puede recibir.

MARQUÉS. Dile que pase. *(A Genoveva.)* Retírate un momento: ya lo sabes, tu matrimonio ó mi muerte. *(La lleva hacia la puerta de la izquierda. Dos voces hace Genoveva un movimiento mudo de súplica. El marqués con severidad la hace entrar. En el momento que se va, y estando todavía el marqués cerca de la puerta, aparece en el fondo Hipólito.)*

ESCENA V.

MARQUÉS—HIPÓLITO—CRIADO, después.

HIPÓLITO Señor marqués...

MARQUÉS (*Con amabilidad afectada.*) Amigo Hipólito.... (*Se sientan.*)

HIPÓLITO. Señor marqués, yo soy ajeno á todas las fórmulas del gran mundo: ni siquiera las conozco. Criado en el mar, y acostumbrado á hablar con Dios y con el Océano, no he aprendido más lenguaje que el de la verdad, y digo con franqueza lo que siento.

MARQUÉS. (*Siempre con afectación.*) Hermoso carácter.

HIPÓLITO. Por eso vengo con total falta de cumplidos á un asunto serio y grave.

MARQUÉS. Ya Gustavo me ha enterado; y siento no haberlo sabido antes, para que la marquesa no hubiese salido.

HIPÓLITO. He pensado que ya era tiempo de establecerme, de formarme una familia, de ser algo más que una cifra aislada en el mundo. Los hombres son como los números: su valor aumenta poniéndose al lado de otros. Necesito una familia que no tengo; en la soledad de mi vida ansío una compañera; quiero un lazo que me una á la sociedad y á la patria; acaso un ángel que me conduzca al cielo. Señor marqués, vengo á pedir la mano de su hija Genoveva.

MARQUÉS. Amigo Hipólito, como usted decía, este es asunto muy grave. El lustre de nuestra casa ha exigido siempre que nuestros bienes permanezcan.... incólumes.

HIPÓLITO. Soy bastante rico.

MARQUÉS. Sin embargo, no daríamos á nuestra hija sin una dote respetable, que llevase á su marido para auxiliarlo...

HIPÓLITO. (*Interrumpiendo.*) Perdone usted: yo quiero nada más á Genoveva, no quiero dote.

MARQUÉS. Pero debemos darla... En fin, éstas son cosas que tratará usted con la marquesa.

HIPÓLITO. Es decir, que usted consiente.

MARQUÉS. No negaré á usted que la marquesa y yo hemos hablado ya de esto: los padres adivinamos siempre á los pretendientes. Con franqueza: creemos que hará usted la felicidad de nuestra hija.

HIPÓLITO. A hacerla dedicaré mi vida.

MARQUÉS. Pero yo no quiero forzar la voluntad de Genoveva. Ella es feliz en su estado. Goza de todas las comodidades y de todos los placeres que da la riqueza; es la niña mimada de sus padres: como es nuestra única hija, á ella dedicamos todos nuestros cuidados y todo nuestro cariño. Así es que á ella es á quien toca contestar á usted.

HIPÓLITO. Señor marqués, gracias: no hubiera yo querido que Genoveva se casase conmigo obligada por sus padres.

MARQUÉS. (*Suena un timbre: al criado que se presenta*) Avise usted á la señorita. (*Se va el criado*) Hipólito, quiero que hablen ustedes con toda franqueza. (*Se levanta y va á encontrar á Geneveva que sale por la puerta de la izquierda.*)

ESCENA VI.

EL MARQUÉS—GENOVEVA—HIPÓLITO.

MARQUÉS. (*Adelantándose á encontrar á Genoveva.*) A tu negativa, me doy la muerte. (*Genoveva se adelanta dominándose, pero se comprende que es presa de horrible lucha.*)

GENOVEVA. (*Tendiendo la mano á Hipólito.*) Hipólito.

HIPÓLITO. (*Con respeto afectuoso.*) Genoveva.

(*Genoveva se sienta, ó más bien se deja caer en el extremo izquierdo del sofá. Hipólito toma la silla volante, y se sienta á respetuosa distancia, de manera que quede de espaldas á la puerta de la izquierda.*)

MARQUÉS. (*Con intención y viendo fijamente á Geneveva.*) De-

seo que ustedes traten un asunto tan serio con completa libertad. Mientras, voy á mi gabinete; aquí á la pieza inmediata. No será la conversación de ustedes tan secreta, que no deba yo oírla. Lo digo porque..... desde allí todo se oye. Hoy limpié mis pistolas, y voy á entretenerme en cargarlas. Un gentil hombre no debe confiar á nadie este cuidado.

GENOVEVA. (*Levantándose precipitadamente.*) Padre, quédate.

HIPÓLITO. Señor marqués, ¿por qué no permanece usted aquí?

MARQUÉS. Amigo Hipólito, deseo que mi hija resuelva con entera libertad. No quiero que pese sobre ella ni mi presencia. (*Dice esta última frase yéndose por la izquierda, y mirando fijamente á Genoveva.*)

ESCENA VII.

GENOVEVA—HIPÓLITO—EL MARQUÉS y GUSTAVO, al final.

(*Genoveva, pálida é inquieta queda en el sofá, y en la silla volante Hipólito.*)

HIPÓLITO. Genoveva, he tenido la honra de pedir la mano de usted al señor marqués, y me ha contestado, que tanto él como la señora marquesa aceptan mi pretensión; pero quieren dejar á usted en completa libertad para resolver. Así obran los buenos padres. Ahora, mi suerte y mi porvenir están en las manos de usted. Acaso carezco de todos los atractivos que hoy da la civilización á la juventud: ni sé tocar el piano, ni bailar, ni rizarme el cabello, ni tantas cosas que se estilan en tierra; pero sé ser hombre honrado, sé luchar con las contrariedades, y si es preciso sé morir en mi puesto.

GENOVEVA. (*Aparte, con angustia.*) ¿Qué debo hacer? ¿Engañar á este noble corazón, ó dejar morir á mi padre?

HIPÓLITO. La seriedad de usted me hace comprender que no me cree digno de ser su esposo.

GENOVEVA. (*Con tristeza.*) No, Hipólito: muy digno es usted del amor de la mujer mas altiva.

HIPÓLITO. Entonces habré llegado tarde: amará usted á otro.

GENOVEVA. (*Con altivez.*) A nadie.

HIPÓLITO. Pues no entiendo.....

GENOVEVA. Tal vez..... no pueda yo... ...hacer á usted feliz... usted merece una mujer que valga más.....

HIPÓLITO. ¿Más que usted?

GENOVEVA. Muy bella.....

HIPÓLITO. ¿Más bella que usted?

GENOVEVA. (*Aparte.*) Él..... mi padre..... ¿qué hacer? (*Vuelve con inquietud los ojos hacia la puerta de la izquierda.*)

HIPÓLITO. (*Levantándose y con voz humilde).* Conozco que usted, por exquisita delicadeza, no quiere lastimarme con una negativa franca. Me retiro.

GENOVEVA. (*Oyendo ruido en el gabinete, se levanta con angustia apoyándose en el respaldo del sofá; y viendo la puerta de la izquierda, dice rapidamente*) No.

HIPÓLITO. (*Acercándose y tendiéndole la mano.*) Es decir, ¿que me acepta usted por esposo, Genoveva?

GENOVEVA. (*Dejando caer su mano sobre la de Hipólito, con voz débil y expresando sublime resignación.*) Sí, Hipólito.

(*En este momento aparecen, Gustavo en la puerta del fondo, y el marqués en la de la izquierda. Hipólito se inclina á besar la mano de Genoveva que baja los ojos llorosos: Gustavo dirige desde el fondo una mirada de interrogación al marqués, y éste le contesta satisfecho, desde la puerta, con un signo afirmativo de cabeza.*)

TELÓN.